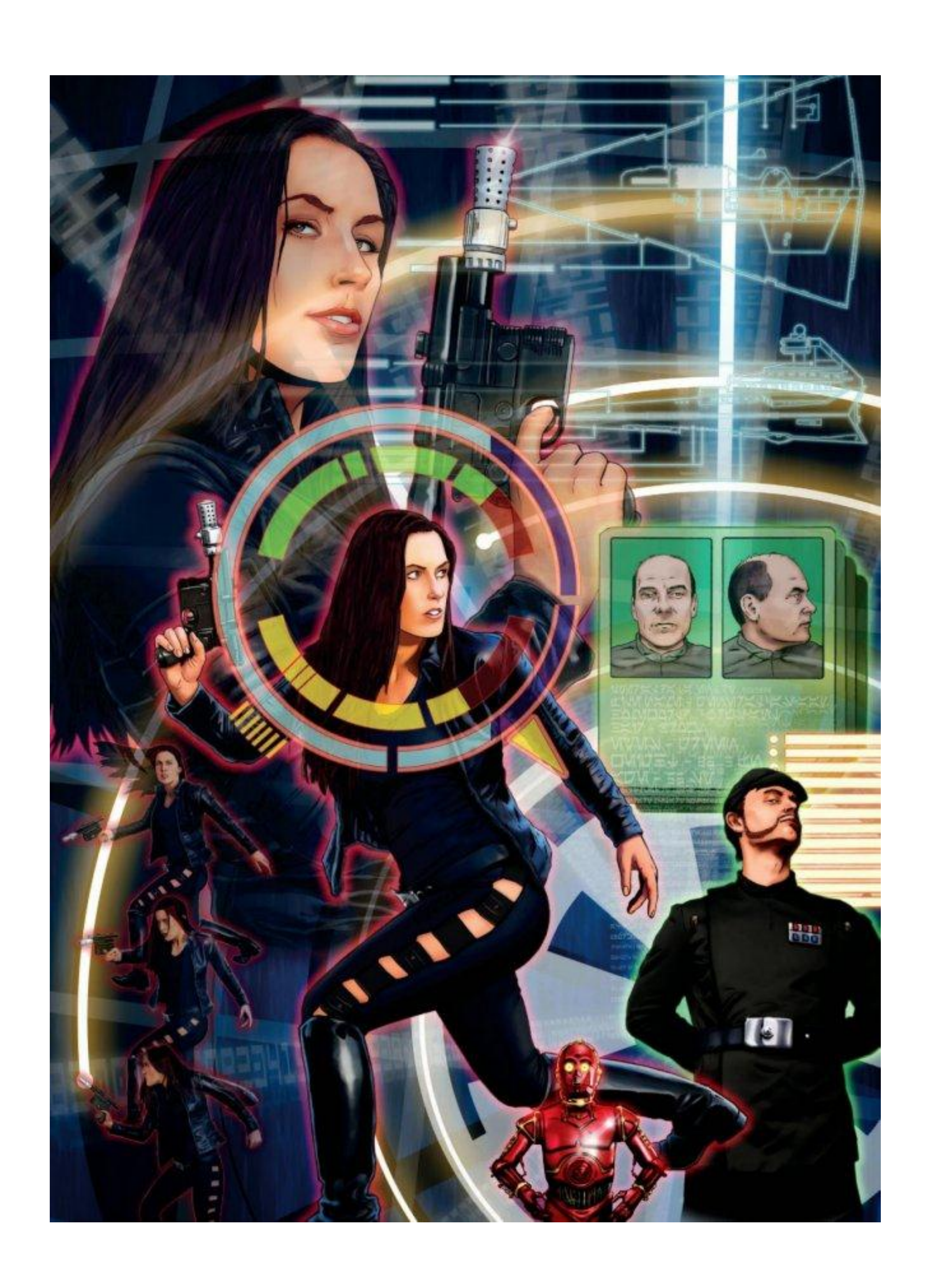


La agente rebelde Scarlet Hark se reúne con un general imperial arrepentido para comprarle unos valiosos planos secretos.



Plata y escarlata

James S. A. Corey



Título original: *Silver and Scarlet*

Autores: Daniel Abraham y Ty Franck bajo el seudónimo de James S. A. Corey

Ilustraciones: Joe Corroney y Brian Miller

Publicado originalmente en *Star Wars Insider 148*

Publicación del original: marzo 2014

2 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

27.05.14

Base LSW v2.1

Declaración

—Seddia Chaan —dijo el guardia, repitiendo el nombre que figuraba en mis documentos de identificación.

—Sí —mentí.

Me devolvió los documentos, asintió con su gran cabeza verde grisácea, y se apartó. Traté de mostrar la sonrisa fría pero educada que supuse que una importante fabricante de armas ofrecería a un portero, y entré en el club. Después del calor y la humedad, pasar al aire fresco y seco era como llegar a otro mundo. Oolan era una ciudad barcaza en un mar abierto, con sus edificios unidos mediante puentes y separados por canales en una arquitectura en constante movimiento. Este mes, las corrientes la habían llevado al norte, casi al ecuador planetario. Al siguiente, flotaría hacia el sur hasta que el hielo azul verdoso chocase contra los cimientos de los edificios y la escarcha cubriese los pasamanos de los puentes. Para entonces, mis planes eran estar de vuelta con la flota rebelde, después de haber realizado mis entregas, y mi última identidad falsa sería un vago recuerdo. Si al día siguiente aún seguía en Oolan, significaría que había ocurrido algo inesperado.

Dado mi historial, no sería demasiado extraño.

El club privado estaba construido como una única sala circular con ventanas de tres metros de alto en el borde exterior. En el centro, un núcleo negro conformaba las salas de reunión privadas y ascendía a los niveles superiores. Una grabación de música de arpa bith llenaba el aire, con un sonido tan definido que parecía que las notas tuvieran bordes. En el exterior de las grandes ventanas, la ciudad ondulaba hacia arriba, hacia los lados, caía y volvía a levantarse, transportada por el oleaje oceánico. Una docena de lanchas repulsoras de brillantes colores zumbaban por el canal, con sus pilotos humanos y quarren en aparente competición para ver quién era el más temerario. Me alisé el dobladillo de la chaqueta y miré a mi alrededor con aire casual a la docena aproximada de miembros del club recostados en sillones o junto a las mesas. El hombre que yo buscaba era humano, de edad avanzada, y sólo lo había visto en fotos y hologramas. Tratando de parecer despreocupada, pulsé mi comunicador.

—¿Elecuatro?

—Señora —dijo la profunda y grave voz del droide.

—¿Hasta qué punto estamos seguros de que está aquí?

—Al noventa y seis por ciento.

—Muy bien, descríbeme ese cuatro por ciento restante.

—El general podría haber sido descubierto, y el individuo que pilotaba su transporte desde la base orbital podría haber sido un impostor —dijo mi droide centinela—. ¿Algún problema ahí dentro, señora?

—Sólo trato de encontrarle. Deja que dé otra pasada —dije, y corté la conexión.

Seddia Chaan, ingeniera de seguridad de la Cooperativa Salantech, habría caminado por la sala con los movimientos secos y estudiados y la actitud impasible de la ex-agente

que era. Ya que me estaba haciendo pasar por ella, lo fingí. Un droide de servicio flotó hacia mí y preguntó con una voz cuidadosamente diseñada si podía ofrecerme algo de beber. Seddia Chaan no tomaba sustancias intoxicantes, así que pedí un té. Los hombres y mujeres de las mesas y los sillones me miraron y luego apartaron la vista, educados y distantes de un modo que me habría revelado que estaba en el corazón del Imperio aunque me hubiera despertado ahí con la mente completamente en blanco.

Comencé la operación meses atrás, siguiendo el rumor de que el alcaide de una prisión política imperial podría haber comenzado a simpatizar con algunos de sus prisioneros. Ese rumor debía de llevar semanas circulando y degradándose, ya que no había ningún alcaide imperial, no había ninguna prisión involucrada, y el general Cascaan no tenía realmente demasiada simpatía hacia la rebelión. Pero aparte de que todos y cada uno de los datos fueran incorrectos, las cosas habían ido bastante bien. Seguí a Cascaan al sistema Entiia, encontré a su amante clandestina en Oolan, y comencé las negociaciones. Todo el proceso había sido tan seguro como hacer equilibrios con una rata de fuego verdoriana sobre la nariz, pero lo había logrado, todo salvo la última parte. El encuentro en persona y el intercambio.

Estaba en mi tercera pasada por la sala y casi había terminado mi taza de té, cuando lo reconocí. Estaba sentado solo en una pequeña mesa alta casi contra la ventana. Tenía la mano cubriéndole la boca y la mirada fija en el brillo cristalino y metálico del complejo de edificios, al otro lado del canal. Una vez que lo vi, pude perdonarme por no haberlo reconocido de inmediato. Todas las imágenes que había visto de él eran las de un hombre de espalda recta y barbilla erguida con brillantes ojos negros y una mirada desafiante. El hombre de la mesa estaba encorvado. Su piel oscura tenía un tono ceniciento, y sus ojos estaban húmedos y vidriosos. Cuando se removió en su asiento, pude ver la fuerza física en su cuerpo, pero mientras estaba inmóvil, parecía el abuelo de alguien.

En mi trabajo, he visto toda clase de traidores, desde aquellos que temían ser descubiertos, a los que sentían placer con sus maldades, pasando por otros para los que sólo se trataba de negocios. El hombre de la mesa no era ninguno de esos. Parecía que eso le ponía enfermo. Eso era malo. Me puse la amable sonrisa de Seddia Chaan y comencé a acercarme a él.

—¿Señora? —dijo L4-3PO.

—Todo va bien, le he encontrado.

—Tenemos otro problema. Un vehículo ha aterrizado en la plataforma superior de la torre. El registro lo identifica como la nave privada de Nuuian Sulannis.

—Tal vez sea miembro del club —dije, sin aminorar la marcha.

—Las probabilidades de que el interrogador imperial que ha estado investigando al general llegue aquí por coincidencia cuando vais a reuniros son de…

—Estaba bromeando, cielo. Gracias por la advertencia. Mira a ver si puedes hablar con el sistema informático del club, y trata de retrasarle. Seré rápida.

—Sí, señora.

Me deslicé en la silla frente a Cascaan. Él alzó la mirada, y por un instante pudo verse la sorpresa en sus ojos. Luego mostró una lenta y triste sonrisa.

—Supongo que usted es Hark.

—Sí, señor —dije.

—Esperaba a un hombre.

—Es un prejuicio bastante común —dije—. No lo tomaré como algo personal.



Saqué el chit de créditos del bolsillo de mi chaqueta y lo coloqué sobre la mesa. El tablero negro de la mesa hizo que el chit plateado pareciera más brillante de lo que era. El general lo miró con el ceño fruncido y extrajo un cristal de memoria esmaltado en rojo de su bolsillo. Esperé, obligando a mi cuerpo a permanecer relajado y calmado mientras sentía escalofríos al pensar en el interrogador jefe aterrizando su nave cinco niveles por encima de mí.

—Supongo que esos son los planos de los que hablamos —dije, tratando de mostrar un aire despreocupado sin dejar que la pelota se detuviera.

El general frunció el ceño y asintió al mismo tiempo. La presión de su pulgar y su índice sobre el cristal no disminuyó. Tuve la sensación de que si estiraba la mano para cogerlo, lo habría apartado de mi alcance. Cuando habló, su voz era grave y precisa.

—¿Alguna vez ha traicionado a alguien?

Sentí que el corazón se hundía en mi pecho. Los cambios de opinión a última hora siempre eran un riesgo en esta clase de operaciones. Normalmente, podía disponer de unas horas para hacer que el objetivo se emborrachara y se pusiera sensiblero, cantar algunas canciones acerca de la gloria y el amor perdidos, y ofrecer cualquier apoyo y consuelo que necesitase para hacer el intercambio. Esta no era una de esas veces. Si decidía rechazarme, los planos de la próxima generación de Destructores Estelares se

desvanecerían ante mis ojos como humo entre los dedos. Además, probablemente me matarían. No eran los resultados que me interesaban.

—Lo he hecho, pero no a la ligera —dije—. Siempre tuve mis razones.

—¿Lamenta esas traiciones?

—No.

Dejó caer el cristal de memoria en la palma de su mano y cerró el puño a su alrededor. Había lágrimas en sus ojos. En otras circunstancias, habría encontrado ese gesto menos frustrante.

—He sido un leal súbdito del Emperador. He seguido las órdenes de mis comandantes. Me he dicho a mí mismo que estábamos trayendo el orden a la galaxia porque eso era lo que nos contaban. ¿Quién era yo para llevarles la contraria?

Me incliné hacia él y le puse suavemente la mano en la muñeca.

—Lo comprendo —dije.

—Si hacemos esto —dijo Cascaan—, seré responsable de la muerte de miles de soldados.

—¿Y si no lo hace? ¿Cuánta gente morirá si nos olvidamos de todo este asunto? ¿Y serán soldados, o gente inocente que simplemente vive en mundos a los que el Emperador ha decidido no respetar adecuadamente?

—Nadie tiene acceso a esto. Cuando salgan a la luz, se sabrá que me he vuelto contra ellos. Me matarán por esto.

Sus dedos no aflojaron su presa. Cambié de táctica, apartando mi mano y dando golpecitos con el dedo al chit plateado.

—Aquí hay suficiente dinero para que se ponga a salvo. Podrá desvanecerse en el Borde, encontrar un lugar tranquilo, un nuevo nombre. Un nuevo rostro. Estará bien.

—¿En serio, Hark? ¿Acaso mi conciencia no cuenta para nada?

No le presiones, me dije. *Ya está medio aterrorizado, y si le metes prisa sólo servirá para que se bloquee.* Respiré profundamente, dejé escapar el aire lentamente, relajé los hombros y suavicé mi expresión. El droide de servicio llegó siseando a mi izquierda con una nueva taza de té. La ciudad al otro lado de las ventanas se alzaba y descendía.

Tenía tal vez un par de minutos.

—Desde luego que cuenta —dije—. Tengo la impresión, señor, de que hay algo que quiere contarme.

—Sabe que dirigí el asalto a Buruunin.

—Lo sé —dije—. Perdí a personas a las que apreciaba en ese ataque.

—Las ciudades estaban indefensas —dijo—. Tan pronto como recibí la orden del bombardeo, supe que tendría que traicionar a mi Emperador. A mi Imperio. Esas muertes no traían ningún orden. Sólo miedo. Eran un error.

—Sin embargo, no canceló el ataque —dije, con más brusquedad de la que debería haber usado. Él no vaciló ni aflojó el agarre sobre los planos.

—No habría supuesto ninguna diferencia. Me habrían ejecutado, y mi segundo al mando habría dado la orden. La insubordinación es una forma estúpida de morir. Tengo mi honor, pero no soy ningún estúpido.

Me quedaba aproximadamente minuto y medio. Esto no estaba yendo bien.

—Después de eso —dijo el general Cascaan—, hubo innumerables colaboradores. Llegaban a cada puesto avanzado que establecíamos, gimoteando y llorando, diciendo que tenían información que vendernos. Dónde se ocultaban los rebeldes, quien les había ayudado, dónde estaban sus alijos de armas. Por unos pocos créditos, habrían vendido a sus madres.

—Estaban desesperados —dije—. Tenían miedo.

Se volvió para mirarme de frente. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que había estado evitando mis ojos. En su expresión había un dolor que me dejó sin aliento. Llevaba bastante tiempo trabajando en la clandestinidad, y en algún momento había dejado que Cascaan y personas como él se convirtieran para mí en una especie de enemigo sin rostro. Bueno, pues ahí estaba su rostro, y no era el de un inflexible líder de soldados.

—*Yo* estoy desesperado —dijo en voz baja—. *Yo* tengo miedo. Esa gente a la que despreciaba, y la despreciaba *de verdad,* Hark… ahora me he convertido en eso. Estoy vendiendo la confianza que se ha puesto en mí por dinero. Por seguridad. Por la hermosa mentira de que puedo ser un hombre mejor haciendo este pacto con el diablo.

—Ellos eran refugiados en un ataque militar a todo un planeta. Usted es uno de los hombres más poderosos del Imperio —dije—. Me parece que usted está en una situación bastante diferente.

—¿Y eso habla mejor de mí? ¿O peor?

—Mejor —dije, principalmente porque parecía la respuesta con más probabilidades de lograr que abriera los dedos. Me pregunté si, abalanzándome sobre él, sería capaz de conseguir los planos y escapar por la puerta antes de que alguien me detuviera. No parecía probable. Y si le decía que ambos estábamos a punto de ser arrestados por el Imperio, no me parecía que hubiera demasiadas probabilidades de que el proceso avanzara.

—No estoy de acuerdo —dijo el general—. Este trato es innoble. No me deja mejor que ellos. No puedo aceptar su dinero.

Se estaba retractando. Mi comunicador sonó. Con una mueca, respondí.

—No es buen momento, Elecuatro. Estoy en medio de un asunto.

—Señora, he hecho todo lo que he podido. Esa… *situación* va a requerir su atención.

Cascaan abrió su mano. El esmalte rojo captó la luz de la ventana, brillando en su palma como si tuviera sangre en el cuenco de su mano. Levanté la mirada hacia el muro oscuro de salas privadas y ascensores en el centro del club.

Hora del plan C.

—¿Puede seguir luego con ese tema? —dije, levantando un índice—. Volveré enseguida.

Caminé hacia los ascensores, pensando en todas las formas en las que esto podía desarrollarse y en cómo yo podía afectar a la situación que realmente se estaba desarrollando. El droide de servicio llegó velozmente para ver si quería algo para acompañar mi té, y lo aparté con un gesto. No podía distinguir si mi inestabilidad era debida a la adrenalina o si la ciudad había sido golpeada por olas más grandes de lo habitual.

—Elecuatro —dije por el comunicador—. ¿Sabemos dónde está?

—El interrogador Sulannis está en el ascensor, dirigiéndose a la planta principal, señora.

—¿Podemos apagar el ascensor?

—Ya he intentado hacerlo una vez, señora. Está usando su anulación de seguridad. No tengo acceso.

Toda una serie de soluciones se desplomó y murió. Por otra parte, había menos cosas en las que pensar. Ya estaba a menos de mitad de camino del centro.

—¿En qué ascensor está?

A mi derecha, la puerta de un ascensor se abrió y salió una anciana quarren. No era Sulannis.

—Elecuatro, ¿en qué ascensor está?

—Estoy consultándolo, señora.

—Más vale que sea rápido.

—El seis.

Giré hacia mi izquierda, sin correr, sino caminando más rápido. Mis opciones se reducían rápidamente. El sabor cobrizo del pánico llenó mi boca, y lo ignoré.

Las puertas del ascensor estaban esmaltadas en negro y eran lisas como un espejo. Hice que mi reflejo pareciera calmado, elegante, tal vez un poco aburrido. La diferencia entre a salvo y demasiado tarde iba a marcarse por escasos segundos. Las puertas se estremecieron y se abrieron deslizándose. Nuuian Sulannis estaba de pie en la cabina del ascensor, y la luz parecía caer sobre su uniforme negro como si este estuviera tejido con agujeros negros. Comenzó a salir, y fingí cruzarme en su camino, tratando de apartarme al mismo lado que él, creando un pequeño baile de embarazosos tropezones. Su ceño fruncido podría haber abierto la concha de un escarabajo keeb.

—Lo siento —dije. Y luego añadí—: ¿No es usted el interrogador Sulannis?

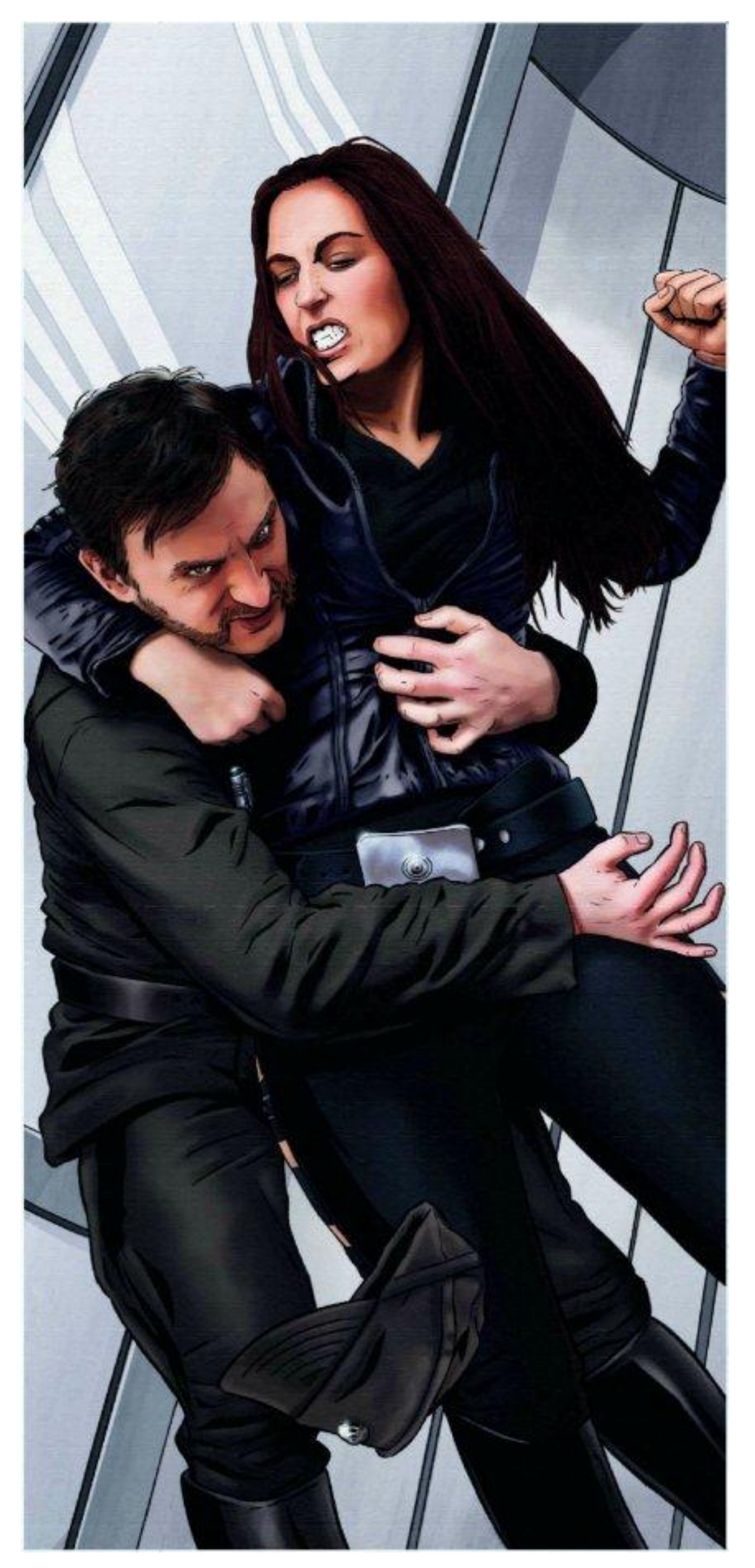
Tuvo tiempo para denotar sorpresa, y entonces planté una patada directa justo sobre su pelvis. El golpe estaba diseñado para hacerle tambalearse hacia atrás, y lo logró. Las puertas del ascensor se cerraron deslizándose y me colé entre ellas mientras él recuperaba el equilibrio. Pulsé el botón de la plataforma de aterrizaje.

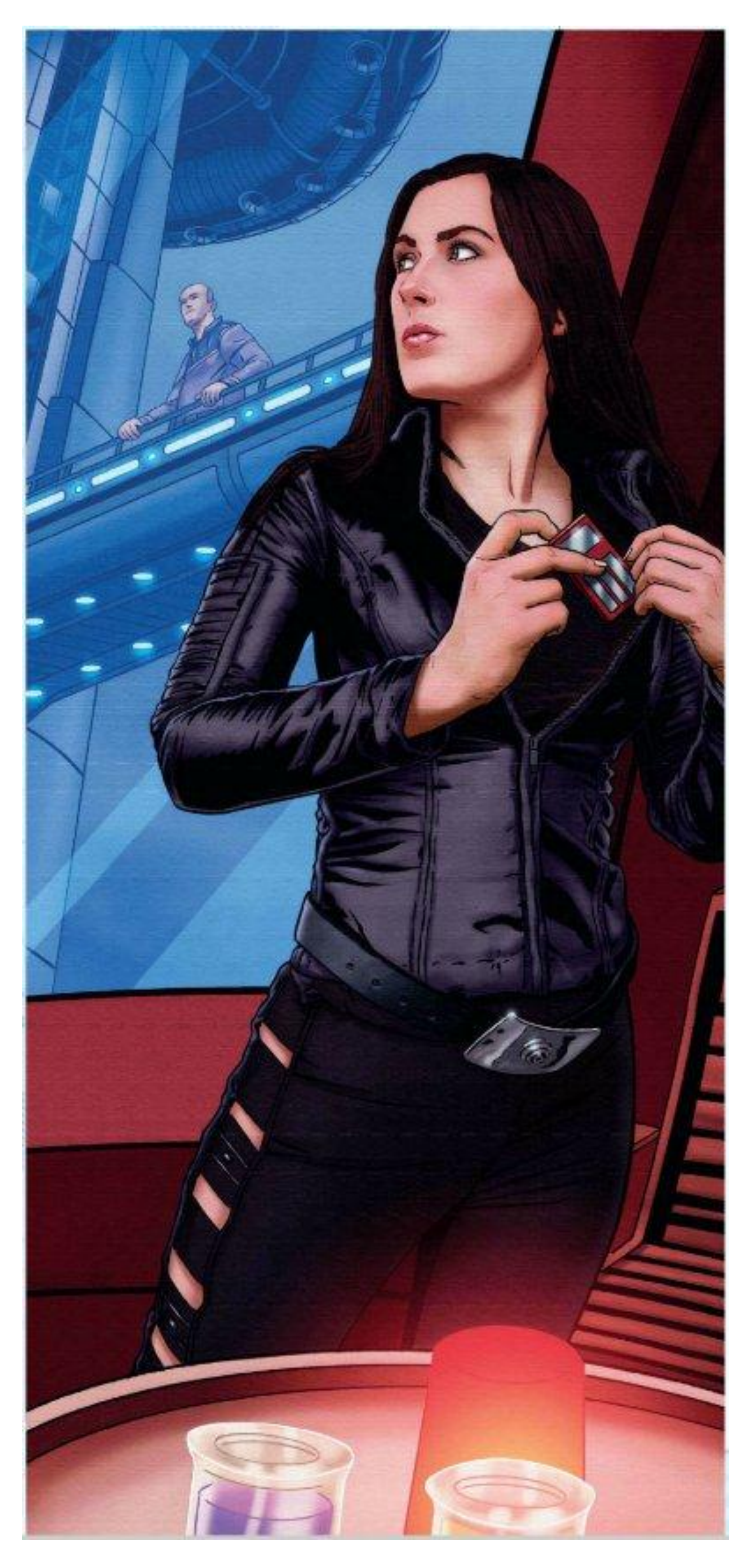
La lucha cuerpo, especialmente en ocasiones como esta cuando el oponente era mucho más grande que yo, significaba técnicas de agarre. Comencé con una llave a su codo, pero se zafó de ella con suerte y fuerza bruta a partes iguales. Me golpeó dos veces en las costillas, pero el reducido espacio de la cabina del ascensor le dificultaba poner mucha fuerza a los golpes, dándome la oportunidad de hacer un barrido con la pierna que

lo derribó al suelo. Una vez que tuve mi brazo rodeando su cuello, todo terminó, pero la asfixia tardó largos y terribles segundos en hacer efecto. Cuando finalmente quedó inerte debajo de mí, ya estábamos en la plataforma de aterrizaje. Pulsé los controles para llevarme debajo de nuevo antes de que nadie pudiera ver a una desaliñada ingeniera de armamento a horcajadas sobre el cuerpo inconsciente de un interrogador imperial.

Me quedaba una dosis de sedante en mi zapato. La usé en él, detuve el ascensor en el tercer nivel, arrastre a Sulannis al lavabo de señoras y lo introduje en un cubículo. Todo ello me costó menos de cinco minutos.

En mi descenso de vuelta, me recoloqué el traje, alisando las arrugas mientras trataba de pensar en cómo convencer al general para que realizara el intercambio. Tan pronto como se abrieron las puertas del ascensor, supe que todo había acabado. La pequeña mesa en la que habíamos estado sentados estaba vacía. No podía ver a Cascaan por ninguna parte. Conforme me acercaba, vi





pequeñas volutas de vapor alzándose de mi taza de té. El nudo en mi garganta era decepción, y rabia, y frustración, pero también había algo más. Alguna parte de mi mente me advertía de que estaba pasando algo por alto. Esto no era lo que parecía.

—¿Señora? —dijo L4-3PO por mi comunicador—. ¿Todo va bien?

En la mesa negra, brillaba el chit plateado con el pago de Cascaan. A su lado, el rojo brillante del cristal de memoria. Había dejado los planos, y también el pago. Iban a capturarle, y él lo sabía, y no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo. Cuando levanté la mirada, allí estaba. Fuera de la ventana, caminando por el puente del canal, alejándose de mí. Llevaba la espalda erguida y orgullosa, la cabeza alta. Era la primera vez que se parecía al hombre de los hologramas. Un guerrero, dispuesto a luchar. Dispuesto a morir.

Recogí los objetos plata y escarlata y los introduje en mi bolsillo antes de activar el comunicador.

—Hora de marcharse. Ve arrancando la lancha repulsora y volvamos a la nave. Necesitamos estar fuera de aquí antes de que Sulannis se despierte.

—Sí, señora —dijo el droide—. ¿Puedo preguntarle si

ha conseguido lo que vino a buscar?

—Sí —dije.

—¿Y el general?

Cascaan alcanzó el otro lado del puente, giró a la derecha, y avanzó saliendo de mi línea de visión.

—Él también.